

LITERATURA HISPANOAMERICANA

GIGANTES Y PATAGONES COMO RELATO ÉPICO RETÓRICO EN EL LIBRO XX DE LA HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS DE GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS¹

Resumen

Este ensayo explora la invención de los gigantes o patagones que habitaban los límites australes del mundo conocido en el libro XX de la Historia General y Natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. Para ello utilizó una narratio épica, figurativa o retórica, a través de la cual el cronista amplificó las hazañas de los españoles como pueblo escogido por Dios. Su elocuente exaltación de los ideales universalistas del imperio carolino le llevó a ensalzar el comportamiento de aquellos "argonautas" modernos, como Fernando de Magallanes y Juan Sebastián del Cano, incorporando múltiples planos alegóricos e imaginativos pertenecientes a una formación textual literaria. Ello no contradecía su proyecto de escribir una "historia verdadera". Al contrario, la utilización de personajes de ficción, como los gigantes patagones, le sirvió para moldear arquetipos heroicos caracterizados por la firmeza de su corazón y por su determinación y lealtad al Rey.

Palabras clave: Gonzalo Fernández de Oviedo, cronistas, héroes, gigantes, épica retórica.

Abstract

This essay explores the invention of the giants or patagones who inhabited the southern limits of the western world in the Book XX of the Historia General y Natural de las Indias by Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. In so doing he resorted to an epic, figurative or rhetoric narratio through which the chronicler amplified the Spaniards' deeds as the people chosen by God. Oviedo's eloquent praise of the universalistic ideals of Charles V's empire took him to extol the behaviour of those modern "Argonauts", such as Ferdinand Magellan and Juan Sebastián del Cano, including multiple allegorical and imaginative levels that belonged to a literary textual level. It did not contradict Oviedo's project to write a "true history". Rather the contrary, the inclusion of fictional characters, such as the gigantic patagones, was useful to shape heroic archetypes well defined by their firmness and their straightforwardness and loyalty to the King.

Keywords: Gonzalo Fernández de Oviedo, chroniclers, heroes, giants, rhetoric epic.

¹ Mis sinceros agradecimientos a Álvaro Félix Bolaños Cárdenas y Patricia Pou i Vila por sus útiles comentarios.

1. INTRODUCCIÓN

“Calle la nao de Argos, pues vimos poco tiempo ha, la nao nombrada la *Victoria*, que circuyó el universo en el descubrimiento de la Especiería por aquel famoso Estrecho que el capitán Fernando de Magallanes enseñó. Aquél fué el más luengo camino que hasta hoy se sabe que hombres mortales hayan fecho, aunque se ponga a su comparación aquel viaje de Mistro y Carabiso, enviados por Alejandro Magno por el río Tanais, de quien Leonardo Aretino hace memoria en su suma de crónicas, llamada el *Aquila volante*...”²

A mediados del siglo XVI, los descubrimientos portugueses y españoles no sólo contribuyeron a la superación de los clásicos, sino también a la construcción de un Oriente paradisíaco, cuyo conocimiento apenas alcanzaba lo que hoy se conoce por el Oriente Próximo. Tras la llegada de Vasco de Gama a la India en 1498, los relatos de navegantes explorando los confines de las *Terrae Incognitae* tuvieron una gran acogida entre los distinguidos miembros de las élites intelectuales de Venecia, Padua y Verona, como Giovanni Battista Ramusio (1485-1557), secretario de la Ilustrísima Señoría de Venecia, el médico y poeta didáctico Girolamo Fracastoro (1483-1553), el viajero, erudito y cronista Andrea Navagero (1483-1529), y el famoso literato, diplomático e historiador —luego cardenal romano— Pietro Bembo (1470-1547), cada vez más interesados en las grandes epopeyas y en las recopilaciones de textos testimoniales.³

El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo no era en absoluto ajeno a esta curiosidad o fascinación por la novedad. Pero las grandes expectativas creadas por el descubrimiento de las Indias y la posibilidad de implantar en ellas una sociedad más justa y armónica que la europea se fueron diluyendo a lo largo de los libros de la *Historia* (1535). Si en la primera parte de la crónica había descrito mayormente las virtudes de una naturaleza virgen y opulenta, apelando a su experiencia como testigo ocular, en la segunda expresó su profunda decepción por el comportamiento de los españoles en Indias. Algunos autores, como Beatriz Pastor, han hablado de un discurso narrativo de la desmitificación y el fracaso para dar cuenta de la aparición de una conciencia crítica en la valoración del proceso de conquista y colonización americanas.⁴ Pero la *Historia* no sitúa a los *buenos* y *malos* españoles en un orden cronológico. Frente al

² Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, (en adelante, *Historia*), Proemio al libro XXXI. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1959, pp. 363-364.

³ No sólo los viajes clásicos de John of Mandeville (¿-1372) y Marco Polo fueron traducidos y publicados al castellano, sino algunos otros, como el del ilustre veneciano Nicolò da Conti (Sevilla: Rodrigo de Santaella, 1503, 1518, 1529) por el Cercano Oriente y el de L. Varthema (Sevilla: Cromberger, 1520; 1523) que se editaron en Sevilla antes que el *Sumario* (1526) y la *Historia* (1535). La edición del *Paesi novamente ritrovati. Nuovo mondo da Americo Vesputio Florentino* (Milán, 5 de marzo de 1519) es también una buena muestra del creciente interés por la literatura de viajes.

⁴ Beatriz Pastor Bodmer, *The Armature of Conquest. Spanish Accounts of the Discovery of America, 1492-1589*, Stanford, Stanford University Press, [1983] 1992, pp. 101.

comportamiento destructivo de los llamados *malos* españoles en las islas del Caribe y en Tierra Firme, Oviedo describió el comportamiento ideal del *buen* descubridor en el libro XX de su *Historia*.⁵

Dos de ellos, el portugués Fernando de Magallanes (Oporto, 1480-Mactán, 1521) y el vasco Juan Sebastián del Cano (Guetaria, 1474-Mar del Sur, 1526) zarparon de Sanlúcar de Barrameda el 20 de septiembre de 1519 “con cinco naos muy bien armadas y proveídas, como convenía para tan arduo y largo camino”.⁶ Pero lo fundamental no era la incertidumbre del viaje hacia las Molucas o “islas de las especias” sino analizar el ser humano abandonado a sus propias fuerzas y a la Divina Providencia. Numerosos episodios muestran la habilidad de dichos navegantes para soportar todo tipo de padecimientos —naufragios, soledad, hambre— y sobrellevarlos estoicamente. Se revela así la intencionalidad del cronista en elaborar una historiografía humanista de claro signo erasmiano, preocupada sobre todo en la educación moral de la “República Cristiana”. Su elocuente exaltación de los ideales universalistas del imperio carolino llevó a Oviedo a ensalzar el comportamiento de aquellos “argonautas” modernos, como Fernando de Magallanes, cuyas acciones contrastaban con las de los *malos* españoles como Juan de Cartagena y el resto de los sublevados en abril de 1520. Para ello utilizó un lenguaje figurativo o retórico, más propio de la literatura que de la historia, a través del cual construyó arquetipos heroicos caracterizados por la firmeza de su corazón y por su determinación y lealtad al Rey.⁷

En este ensayo queremos destacar que la representación que hizo de los habitantes de la Patagonia como seres exóticos —e invadidos— recobra buena parte de su complejidad al ser analizada como un ejemplo de las praxis discursivas coloniales de la España imperial. Como otros autores de su tiempo, Oviedo revisitó los mitos de la literatura caballeresca, con raíces clásicas, para escribir su crónica como una “reiteración de lo ya dicho, conocido o sabido”. Así como el bravo caballero Amadís de Gaula se enfrentó al endriago o gigante Madarque que allí aparece y lo venció en un alarde de fuerza y valentía épicas, los navegantes Fernando de Magallanes y Juan Sebastián del Cano tuvieron que vérselas con los gigantes patagones en su periplo hacia un Oriente áureo situado en las islas bíblicas de Tarsis y Ofir de las cuales, según la tradición, el rey Salomón extrajo el oro y las piedras preciosas del templo de Jerusalén. Su inclusión en el libro XX no contradecía el proyecto de escribir una “historia verdadera”.⁸

⁵ G. Fernández de Oviedo, *Libro XX de la segunda parte de la General Historia de las Indias (...)* que trata del estrecho de Magallanes, Valladolid, Francisco Fernández de Córdoba, 1557.

⁶ G. Fernández de Oviedo, *Historia*, Libro XX, 1959, Cap. I, pp. 218.

⁷ Alberto Mario Salas, *Tres Cronistas de Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, [1959] 1986, pp. 160-161.

⁸ Con respecto a los conquistadores que apelaban a su autoridad como testigos oculares, véase Rolena Adorno, “The Discursive Encounter of Spain and America: The Authority of Eyewitness Testimony in the Writing of History”, *The William and Mary Quarterly*, 1992, pp. 210-228.

El conocimiento que tenía de la historiografía castellana e italiana permitió a Oviedo incorporar múltiples planos alegóricos e imaginativos pertenecientes a una formación textual literaria. Ello le proporcionó los recursos estéticos necesarios para moldear el material heterogéneo y desigual del Nuevo Mundo y uniformarlo estilísticamente. En otras palabras, aquellos seres prodigiosos que habitaban en los límites del mundo conocido justificaban una reacción proporcional de los españoles a su fuerza y desmesura.

La utilización de ciertos recursos de la llamada prosa de ficción implicaba necesariamente la existencia de una comunidad de lectores capaz de decodificar las representaciones cognitivas previamente codificadas por el cronista a través de lo que Hayden White definió como un proceso de “entramamiento”.⁹ Autores recientes sostienen que las crónicas no existen independientemente de las operaciones comunicativas particulares, como la observación, que ayudan a construir una “realidad para el lector”.¹⁰ Sin embargo, al asumir que no existe una realidad socio-histórica independiente del observador-cronista, cabe plantearse algunas cuestiones: ¿Cuál es la responsabilidad de Oviedo como creador subjetivo e individual de su *Historia*? ¿Quiénes fueron los auténticos creadores de la Patagonia que describe en su crónica? ¿De qué forma los valores culturales e ideológicos de sus lectores italianos condicionaron la configuración de fronteras culturales sobre las cuales nuevas categorías sociales estaban siendo edificadas?

El concepto de “realidad”, o “verdad”, que existía en la sociedad retórica del siglo XVI, era normativo. Es decir, sus expectativas no eran cognitivas, sino morales y por tanto, cristianas. En el libro XX Oviedo construye unos personajes que responden a una imagen arquetípica de la mentalidad cortesana y caballeresca del siglo XVI. En este sentido, la propuesta de White nos ayudará a entender la *Historia* en un doble sentido: como una construcción poética impuesta sobre una realidad histórica con un propósito didáctico-moralizador. La utilización de un lenguaje figurativo o retórico (e.g., la *narratio* épica) nos permitirá entender lo poético en la creatividad literaria de Oviedo (e.g., la utilización de imágenes, figuras o tropos, ya sean pictóricos o verbales, símbolos, metáforas, etc.).¹¹ Del mismo modo, la existencia de los patagones como conocimiento verdadero debía persuadir a los lectores a través de evidencias

⁹ De acuerdo con Hayden White, “providing the ‘meaning’ of a story by identifying the kind of history that has been told is called explanation by emplotment (...) Emplotment is the way by which a sequence of events fashioned into a story is gradually revealed to be a story of a particular kind” (*Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, [1973] 1987, p. 7).

¹⁰ Alfonso Mendiola, *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*, México, Universidad Iberoamericana, 2003.

¹¹ La “metahistoria” de H. White se preocupa menos de escribir una historia verdadera y de cómo ésta puede ser comprobada empíricamente que de cómo leemos la historiografía (H. White, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973).

que el autor pudiera encontrar en el contexto cultural de sus interlocutores. Su existencia o no dependía menos de la "realidad empírica" que de su ubicación en un imaginario colectivo todavía vigente.

2. EL HÉROE HOMÉRICO COMO PROYECTO MORAL

Del mar se dice que siempre devuelve a sus muertos, pero lo cierto es que a menudo retorna también a sus héroes. Jasón y sus ilustres tripulantes —Hércules, Teseo, Orfeo y Néstor, entre otros— tuvieron que superar numerosas pruebas —los piratas pelasgos, las Arpías, las Rocas Cianeas o Rocas Azules, conocidas como las peligrosas Simplégades o las rocas chocadoras, los toros llameantes y el dragón de la tierra de la Cólquide que no dormía ni de día ni de noche, la isla de las Sirenas, los monstruos medio mujeres medio pájaros, el gigante Talos, guardián de la isla de Creta, la maga Circe, la hechicera Medea, etc.— en lo que resultó ser la primera epopeya del mundo griego registrada por escrito.¹²

Y al igual que Jasón, a quien su tío Pelías envió al lejano país de la Cólquide a buscar el vellocino de oro si quería ejercer como legítimo soberano de Yolcos, Juan Sebastián del Cano regresó a su lugar de origen como la encarnación del héroe tesalio, como es sabido, doblando el cabo de Buena Esperanza y llegando cuatro meses después al Puerto de Santa María, tras recorrer 14,000 leguas con tan sólo 18 hombres y la nave Victoria, la única de las cinco que quedaba, cargada de especias.¹³ Una bonita alegoría del destino de una nación que, como la antigua Grecia, se pretendía universal y cuyos vasallos eran equiparables, a juicio de Oviedo, a aquellos cuyas gestas habían glorificado Ovidio, Justiniano, Tito Livio o Plinio, entre otros. Fueron los protagonistas de una hazaña que superaba las leyendas de Jasón, Circe y la princesa Medea a través de la cual Oviedo situaba a del Cano y a sus hombres directamente en la historia providencial española.¹⁴ Frente a aquellos pueblos paganos dirigía su mirada, y la del lector, hacia los godos y a sus legítimos representantes, los españoles, héroes de una nación cristiana en expansión.

El libro XX de la *Historia General y Natural de las Indias* corresponde a las hazañas oceánicas que protagonizaron los españoles tras el descubrimiento del estrecho que hizo Magallanes en el otro hemisferio. Para Oviedo, fue uno de los "siete servicios" o hazañas cuyas historias ocuparon la mayor parte de

¹² En efecto, Jasón organizó una expedición compuesta de ilustres tripulantes en una nave no menos ilustre: la Argo, un navío prodigioso cuyo espolón estaba construido de madera de la encina profética del santuario de Dodona y daba aviso a su timonel de los peligros de la navegación. Aunque no se correspondiera con el arquetipo de héroes como Hércules o Ulises, capaces de llevar a cabo misiones imposibles, Jasón desarrollará algunas de las acciones más recordadas en la historia de la mitología griega (Píndaro, *Pythicas*, Oda IV; Apolonio de Rodas, *Argonáutica*; Hesíodo, *Teogonía*, 992; Gayo Valerio Flaco, *Argonáutica*, Bolonia: Benedictines Hectorus, 1474; 1498).

¹³ Manuel Lucena Salmoral, *Juan Sebastián Elcano*, Barcelona, Ariel, 2003.

¹⁴ Dedicatoria a la *Segunda Parte de la Historia*, Volumen 118, 1959, p. 213.

la *Historia General* y que constituyen su esencia.¹⁵ Representó la culminación de una serie de viajes de exploración hacia el sur, en parte gracias al desarrollo de importantes avances en la construcción de barcos, instrumentos y en el arte de la navegación, iniciándose un proceso de revisión y cuestionamiento de las ideas tradicionales sobre la geografía del globo. Y es por esta razón que Oviedo inaugura el libro XX —de largo, el libro más extenso de toda su *Historia*— recordando al lector la importancia de aquella prodigiosa hazaña de navegación y descubrimiento: “yo creo que en tal mar (del Sur) otros cristianos nunca antes que éstos navegaron, e de otras naciones no se sabe ni se escribe que allí hayan andado sino los naturales de aquella misma costa”.¹⁶ Y no sólo por la dificultad que tendrá el cronista en encajar una historia que tuvo lugar casi treinta años antes con las empresas simultáneas que se habían producido a partir de 1540.¹⁷ Se trata, más bien, de un momento epifánico que inscribe una nueva página en la cronología de los descubrimientos. La hazaña de un extranjero (Colón) es continuada por la de otro (Magallanes) a lo largo de unos hechos memorables que convierten a héroes ficticios (Jasón) en héroes reales cuyas vidas tienen un certificado de existencia en la historia (Magallanes, del Cano).

El retrato de Magallanes y del Cano recuerda la organización y la estructura del *exemplum*. La introducción del personaje se inicia con su ubicación geográfica y temporal. Al igual que Colón, cuya gesta es causa primera de todas las demás, Magallanes y del Cano prefiguran una visión de liderazgo que sobrepasa los límites del linaje. Se trata de la epopeya de dos hidalgos convertidos en héroes clásicos de una gesta singular. Su extraordinario dominio de sí mismos y de los otros los situaban dentro de una casta especial de hombres elegidos por la propia mano de Dios, capaces de sacrificarlo todo al objetivo propuesto. Por eso Oviedo escribe la crónica de Magallanes y del Cano, a quienes describe como los auténticos y únicos héroes de la primera circunnavegación al mundo, y no la de los navegantes que los acompañaron. Ello es debido a varios factores. Uno: a que la principal fuente de información —sin olvidar las conocidas relaciones epistolares que escribieron el secretario de Carlos V, Maximiliano Transilvano, Ginés de Mafra¹⁸ y Antonio Pigafetta

¹⁵ A. Félix Bolaños, “La crónica de Indias de Fernández de Oviedo: ¿Historia de lo general y natural, u obra didáctica?”, *Revista de Estudios Hispánicos*, Vassar College, Volumen 25:3, 1991, p. 20.

¹⁶ G. Fernández de Oviedo, *Historia*, Libro XX, Cap. 1, 1959, p. 221.

¹⁷ A.M. Salas, 1986, p. 102. Al respecto, L. Emilfork Tobar ha destacado la Cruz del Sur como una figura que permite a Oviedo forzar la cronología de los acontecimientos, “ordenando su historia de sur a norte y desde la cima de los montes hacia las cuencas atlántica y pacífica, imitando la silueta de la Cruz del Sur que después reaparece en las armas que le otorgó el rey” (L. Emilfork, “La doble escritura americana de Oviedo”, *Revista Chilena de Literatura*, 1982, Tomo 19, Santiago de Chile, p. 35; Emilfork, *Conquista de México: ensayo de poética americana*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1987, p. 26).

¹⁸ Ginés de Mafra, *Libro que trata del descubrimiento del estrecho de Magallanes*, Madrid, Real Sociedad Geográfica, 1920, pp. 183-212.

(escrita alrededor de 1524 e impresa en Venecia en 1536), secretario personal de Magallanes y su gran apologista, o la antinarrativa de Francisco Albó (1520-22)— se debe precisamente a uno de ellos, el español Juan Sebastián del Cano, a quien tuvo la oportunidad de entrevistar en 1524 en Sevilla.¹⁹ Y dos: a que el objetivo didáctico-moralizador de su discurso histórico necesitaba aparecer como el resultado del esfuerzo personal y exclusivo de aquellos grandes hombres a quienes se pensaba glorificar.

Según el relato del caballero italiano Antonio Pigafetta, la expedición, compuesta de doscientos treinta y siete hombres, contaba con 37 portugueses, unos 30 italianos, 19 franceses, así como alemanes, flamencos, griegos, negros, malayos y un inglés.²⁰ No olvidemos que, a pesar de las diversas nacionalidades que integraban la flota de Magallanes, los españoles eran los instrumentos elegidos por Dios para la conquista y evangelización del Nuevo Mundo. La religiosidad del almirante portugués era bien conocida. Antes de zarpar, ordenó que todos sus hombres se confesasen en un intento de invocar a Dios y hacerlo propicio.²¹ Lo hizo desde Sanlúcar de Barrameda el 20 de septiembre de 1519, llegando a Tenerife para aprovisionarse el 26 de septiembre y a las islas Górgodas —o Cabo Verde— el 6 de octubre.²² Fue allí donde Juan de Cartagena, nombrado capitán de la nao San Antonio, veedor general y segundo jefe de la armada, empezó a dar muestras de insubordinación y fue arrestado. La disputa se originó a raíz de la negación del saludo debido al capitán general. Hubo acaloradas discusiones y Cartagena acabó con los pies en el cepo. La cobardía, el temor o la insurrección son el reverso del comportamiento heroico. Pigafetta lo sabía perfectamente y por esa razón justifica la traición de Cartagena como consecuencia de su animosidad contra los numerosos portugueses que acompañaban a Magallanes.²³

¹⁹ G. Fernández de Oviedo, *Historia*, Libro XX, Cap. IV, 1959, p. 237. Recordemos que las fuentes de Oviedo no se limitaban a los trabajos impresos sobre las Indias, sino también al acceso a testimonios directos de todos aquellos que habían retornado a España después de haber pasado algunas temporadas en el Nuevo Mundo.

²⁰ Martín Fernández de Navarrete ha publicado la lista de todos los tripulantes de las cinco naves que zarparon en 1519 con Magallanes y del Cano (M. Fernández de Navarrete (ed.), *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Tomo 76, 1964, pp. 421-427).

²¹ A. Pigafetta, *Relación del primer viaje alrededor del mundo. Noticias del mundo nuevo con las figuras de los países que se descubrieron señalados por Antonio Pigafetta*. Vicentino, Caballero de Rodas. Edición de Leoncio Cabrero Fernández, Madrid, Dastin Historia, [1524] 2002, p. 51.

²² Los documentos consultados no coinciden en la fecha de partida de Magallanes. Mientras que Pigafetta y Pedro Mártir de Anglería consignan este dato, M. Transilvano dice que salieron de Sevilla el 10 de agosto de 1519 (*Relación escrita por Maximiliano Transilvano de cómo y por quién fueron descubiertas y halladas las islas Molucas...* [1522], en M. Fernández de Navarrete (ed.), 1964, p. 560).

²³ A. Pigafetta, 2002, p. 48. Pedro Mártir reprodujo esta animosidad en la Década V, Libro VII, Cap. I, 1944, pp. 425-442. Curiosamente, el hecho de que menos de dos tercios de la tripulación de Magallanes fueran españoles no mereció ningún comentario reprobatario por parte de Oviedo.

Como contraposición, Oviedo nos presenta los signos del comportamiento heroico en la figura del capitán lusitano: conocimiento de lo que se debe hacer a fin de superar lo adverso y difícil, confianza en uno mismo y en la misión encomendada y fe en Dios. El 8 de diciembre avistaron la costa de Brasil, “que es tierra del Cabo de San Agustín”, dice el cronista, mostrando su seguridad en el conocimiento de los topónimos aplicados por castellanos y portugueses a las Indias, llegando cinco días después a Río de Janeiro.²⁴ Allí permanecieron hasta el 27 de diciembre, día de San Juan, navegando en dirección sur hasta llegar al cabo de Santa María (actual Punta del Este), en el estuario del Río de la Plata, que está a 35° al otro lado de la línea equinoccial. Posteriormente, navegaron el 11 de enero de 1520 por el Río de la Plata que descubrió Díaz de Solís en 1516 y siguieron bordeando la costa hacia el sur.²⁵

El 31 de marzo de 1520, seis meses después de haber partido de Sanlúcar de Barrameda, entraron en la bahía de San Julián —llamado el Puerto Deseado, en la costa sur de la actual Argentina, a 49° 30' de latitud meridional— a causa del mal tiempo, y allí decidieron reparar las naves y pasar el invierno. La moral de la heterogénea tripulación disminuía a causa de la drástica reducción de las raciones, el frío y las dudas lógicas ante algo incontrolable. El día 1 de abril, los capitanes Juan de Cartagena, Luís de Mendoza, tesorero, Antonio Coca, contador, y Gaspar de Quesada, se conjuraron para asesinar al capitán general y apoderarse de las cinco naves, aprovechando el descontento general y la animosidad entre castellanos y portugueses. Pero Magallanes volvió a dominar la situación al actuar con una disciplina y generosidad que revelan, según F. Savater, la esencia del héroe.²⁶ Ordenó ejecutar y descuartizar al tesorero Luís de Mendoza, capitán de la nao Victoria, y a Gaspar de Quesada, capitán de la nao Concepción, y dio “muerte civil” a Juan de Cartagena y al sacerdote Morales, abandonándolos en tierras patagónicas. Todos estos detalles escabrosos tuvieron muy poco eco en la historia ovetense.²⁷ Explicar las constantes insubordinaciones ocurridas durante el viaje, en especial la de Juan Sebastián del Cano, quien se puso de parte de los conjurados, hubiera podido enturbiar el carácter providencial y mesiánico de su relato. Lo que realmente le preocupaba a nuestro cronista era explicarnos las cualidades excepcionales del carismático Magallanes, “valeroso y determinado capitán” que antes de doblegarse ante las

²⁴ A. Pigafetta, 2002, pp. 53. A partir del Cabo de San Agustín empieza el relato de Francisco Albó, utilizado también como fuente por Oviedo.

²⁵ A. Pigafetta, 2002, pp. 51-52; G. Fernández de Oviedo, *Historia*, Tomo 118, Libro XX, Cap. I, 1959, p. 218.

²⁶ Fernando Savater, “El héroe como proyecto moral”, *Revista de Occidente*, 46, 1985, pp. 59-74.

²⁷ No así en la de P. Mártir, cuya animosidad contra Magallanes y los portugueses era manifiesta: “aquí el portugués (Magallanes) se ensañó con cierto varón llamado Juan Cartagena, familiar del obispo de Burgos, que con real nombramiento había sido señalado por colega de Magallanes y segundo jefe de la Armada” (*Décadas del Nuevo Mundo*, Quinta Década, Libro VII, Capítulo I, 1944, p. 428).

dificultades del viaje, "estaba puesto en morir o acabar lo comenzado".²⁸

Una de estas cualidades era, sin duda, su fidelidad al propio destino y a Carlos V, su patrocinador. Con gran determinación y coraje un Magallanesorador reclama para sí la única palabra que lo eleva por encima de sus hombres y los anima a continuar "antes que con vergüenza volver en España".²⁹ Estas arengas o discursos imaginarios puestos en boca de los personajes históricos fue un recurso retórico —el *exemplum*— que popularizó el historiador Tito Livio (*Patavium*, 59 a.C.- 17 d.C.) en su *Historia de Roma desde su fundación (Ab urbe condita)*, conocida también como *Décadas*. Al prescindir del sujeto narrativo, Oviedo otorgaba al protagonista del relato un mayor dramatismo y verosimilitud al tiempo que se subordina el relato a la rectitud moral. Solamente en el sacrificio y el dolor, dice Magallanes, podrán hallar un mundo rico en oro, especias y otros muchos provechos. Su decisión de continuar muestra una de las virtudes del héroe prototípico con una clara conciencia de su dignidad y superioridad personal. Dios es testigo de las acciones heroicas y Magallanes era el instrumento de su presencia en el mundo. Oviedo sabía perfectamente que lo que define al héroe no es tan sólo su físico ni la grandeza hercúlea de sus miembros sino el desprecio al peligro, la paciencia ante el sufrimiento, la apuesta por el honor, el apetito de gloria y la valentía e intrepidez ante la muerte. Por eso la imagen que proporciona del marino portugués es la de un hombre que prefería morir a desistir de la causa noble por la que luchaba.

Este discurso moralista, característico de la retórica clásica y típico del discurso histórico-humanista, contiene una utilidad pragmática centrada en lo que algunos historiadores han definido como una "obra didáctica".³⁰ O lo que es lo mismo, una guía o *exemplum* capaz de orientar a los reyes, gobernantes y magistrados acerca de la perfección moral y material de las Indias. Magallanes es un líder determinado por nacimiento que no se rebela contra sus superiores y que actúa siempre al servicio del puesto asignado. Es un luchador frío, disciplinado, pero justo y magnánimo, capaz de dominar el descontento y de imponer su criterio a los demás. No olvidemos que tras las ejecuciones del 2 de abril, el portugués perdonó la vida a más de cuarenta personas que habían participado en la conspiración. Uno de ellos fue Juan Sebastián del Cano, con lo que el justiciero capitán general se convirtió en el hilo conductor necesario para la gloriosa empresa que el marino de Guetaria acabaría completando en 1522. La Providencia aparecía así como nexo de unión entre dos héroes que a partir de ahora compartirán en la *Historia* de Oviedo un único destino.³¹

²⁸ G. Fernández de Oviedo, *Historia*, Libro XX, Cap. I, 1959, p. 220.

²⁹ Oviedo, *Historia*, Libro XX, Cap. I, 1959, p. 220.

³⁰ A.M. Salas, 1986, p. 97; A. Félix Bolaños, "La crónica de Indias de Fernández de Oviedo: ¿Historia de lo general y natural, u obra didáctica?", *Revista de Estudios Hispánicos*, 1991, 25:3, p. 22.

³¹ Para Pedro Mártir de Anglería, cuya hostilidad contra los portugueses era manifiesta, este honor debía corresponder únicamente a del Cano y a los marineros que iban en la nao Victoria, "reina



Theodor de Bry, *América* (1590-1634). Lámina XV (Libro IV, 1594: "Descubrimiento del Mar de Magallanes"). Madrid, Editorial Siruela.

3. LOS SALVAJES PATAGONES COMO RELATO ÉPICO RETÓRICO

A mediados del siglo XVI, Castilla pasó en pocas décadas de tener una percepción mítica y simbólica de los confines remotos y de sus habitantes a tener un conocimiento más empírico, objetivado, basado en datos acumulados, organizados y contrastados. Desde un primer momento la Corona castellana proporcionó un marco institucional para la sistematización del saber cosmo-gráfico a través de la Casa de Contratación de Sevilla, que se constituyó en la primera institución para la formación de Pilotos Mayores (1504), del Consejo de Indias (1524), así como de la elaboración sistemática de mapas, planos y cartas de marear, como el *Arte de marear en que se contienen todas las reglas* (1545), de Pedro de Medina (Sevilla, 1493-1567), o la *Nova Verior et Integra Totius Orbis Descriptio* (1542) de Alonso de Santa Cruz (Sevilla, 1505-1567), en las que se incluían las nuevas tierras descubiertas. Empero, la pervivencia activa de un imaginario de raíz antigua y de concreción medieval, especialmente en lo que se refiere a la reproducción de tópicos y mitos paradisíacos, se mantuvo con la publicación de las primeras colecciones de viajes

de la argonautica" (*Décadas del Orbe Novo*, Quinta Década, Libro VII, Cap. VII-VIII, 1944, pp. 438-442).

y descubrimientos, entre los que destacan la carta *Mundus Novus* (1503) y la *Lettera di Amerigo Vespucci delle isole novamente trovate in quattro suoi viaggi* (1508-12), del piloto mayor Amerigo Vespucci.³²

Historiadores y críticos literarios como Álvaro Félix Bolaños y Rolena Adorno, entre otros, llamaron la atención sobre la existencia de un "discurso caballeresco" y su influencia en los ideales de conducta de la sociedad española del siglo XVI.³³ Tras la conquista del Nuevo Mundo, los valores de la cultura caballeresca y cristiana se trasladaron a nuevos espacios geográficos. Allí, viejos lenguajes militaristas se impusieron en un nuevo escenario con nuevos protagonistas. En este contexto, los cronistas utilizaron estereotipos etnocéntricos que eran conocidos desde la Antigüedad para destacar la inferioridad de los habitantes de aquellas tierras exóticas y "paradisíacas" y justificar así su explotación. Amazonas y gigantes centimanos, salvajes y otros monstruos horrendos habitaban las leyendas y fabulaciones de la mitología greco-latina mucho antes de personarse en los "confines del mundo".

Uno de los episodios más interesantes que Oviedo nos explica del viaje circunnavegador fue precisamente el encuentro con unos indios gigantes de "doce o trece palmos de alto" que habitaban el Puerto Deseado o la bahía de San Julián.³⁴ La leyenda de cíclopes primitivos se remonta a los combates que protagonizaron seis dioses gigantescos llamados titanes, hijos de Urano, contra los dioses olímpicos.³⁵ La existencia de unos seres de talla monstruosa, fuerza descomunal y apariencia horrible, como los cíclopes, los escitas, los hecantoquiros (Coto, Briareo y Giges) o los lestrigones descritos por Plinio el Viejo (23-79 DC),³⁶ que hacían sacrificios humanos y se alimentaban de carne

³² El cosmógrafo Vespucci tiene un lugar más que marginal en la *Historia General y Natural de las Indias* de Oviedo, pues lo menciona sólo una vez en su relato del viaje de Magallanes para corregir un cálculo en la altura del cabo de San Agustín (G. Fernández de Oviedo, *Historia*, Tomo 118, Libro XX, Cap. I, 1959, p. 218). Al respecto, véase también Cristián Roa-de-la-Carrera, "El Nuevo Mundo como problema de conocimiento: Américo Vespuccio y el discurso geográfico del siglo XVI", *Hispanic Review*, 70:4, 2002, pp. 557-580.

³³ Rolena Adorno, "Literary Production and Suppression: Reading and Writing about Amerindians in Colonial Spanish America", *Dispositio*, Vol. XI, 1986, n° 28-29, pp. 15-19; Adorno, "La construcción cultural de la alteridad: el sujeto colonial y el discurso caballeresco", *I Simposio de Filología Iberoamericana*, Sevilla: Facultad de Filología, Universidad de Sevilla, 1990, pp. 153-170; A. Félix Bolaños, "Caballero cristiano y bárbaros paganos en la historia de la conquista española de América", *Romance Quarterly*, 40:2, 1993, pp. 78-88.

³⁴ El nombre de gigantes presenta una etimología griega, pues los griegos los denominan *gegeneis*, que significa terrígenas, porque se considera que fue la tierra quien los engendró con su inmensa mole y los hizo semejantes a ella. En griego *gē* es el nombre de la tierra; *gēnos*, por su parte, significa "linaje". En consecuencia, se considera a aquellos cuya genealogía es incierta como "hijos de la tierra" (José Oroz Reta & Manuel A. Marcos Casquero (ed.), *San Isidoro de Sevilla. Etimologías*, Edición Bilingüe, Madrid, 1983, Tomo II (libros XI-XX), pp. 49-51).

³⁵ Estas luchas —la titanomaquia— aparecen narradas en Homero, *Ilíada* I, 308-309; Hesíodo, *Teogonía*, Madrid, Editorial Gredos, 1978.

³⁶ Plinio el Viejo, *Historia Natural*, Libro VII, 9, 195, 197-198, p. 11. Sobre los escitas antropófagos, véase el Libro VI, 53, p. 313.

humana, adquirió el carácter de mito y fábula en las enciclopedias, cosmografías e historias naturales de finales del medioevo y se difundió en algunas novelas de caballería, como el *Primaleón de Grecia o Segundo Libro de Palmerín de Olivia* (Salamanca, 1511-12) o el *Amadís de Gaula* (Zaragoza, 1508), en clara contraposición a la belleza e integridad del caballero cristiano.³⁷ Todos estos modelos y antecedentes narrativos se actualizaron retóricamente en el Renacimiento (*inventio*), favoreciendo la proyección de otros seres y bestias fabulosas que la creencia popular medieval situaba en los confines remotos no civilizados. Con el hallazgo del Nuevo Mundo, reaparecieron los mitos de los indios como seres virtuosos, felices, dóciles y mansos, en claro contraste con los males terribles que amenazaban a la civilización.³⁸

Pero, a diferencia de los textos de Colón y Las Casas, la prefiguración del indio patagón como noble salvaje no tenía ningún sentido en la obra de Oviedo.³⁹ Desde el comienzo de su *Historia*, el esquema retórico de opuestos se impone, dando lugar a una imagen de indios bárbaros y feroces que se contraponen a la de hombres civilizados y de razón. La primera indicación relativa a la presencia de indios gigantes en la parte meridional del Nuevo Mundo se halla en una epístola que el piloto mayor Amerigo Vespucci escribió a Lorenzo di Pierfrancesco de Medici el 18 de julio de 1500. El cosmógrafo italiano los halló en una isla en su segundo viaje (1499) a la que bautizó como Isla de los Gigantes (actual Curaçao).⁴⁰ En otra carta enviada el 4 de septiembre de 1504 al Magistrado Supremo de la República florentina, Piero Soderini, el navegante comenta haber visto unas huellas descomunales en la arena de una isla que correspondían a gigantes desnudos y bien proporcionados, armados con enormes arcos y flechas y que les infundieron un profundo temor.⁴¹

A esta observación —quizás, la más inquietante— de superioridad física y de antropofagia se unía la primera señal de una inferioridad orgánica al constatar la ausencia de animales cuadrúpedos comestibles. La carencia de

³⁷ A.F. Bolaños, 1993, pp. 80-81. El *Primaleón* (1512), publicado anónimo, pero atribuido a un tal Francisco Vázquez, pertenece a un ciclo de novelas de caballería llamado *Palmerín* que está integrado por tres libros: *Palmerín de Oliva* (1511), *Primaleón* (1512) y *Libro del muy esforzado caballero Palmerín de Inglaterra* (1547). Narra las aventuras y desventuras de Primaleón y Galendos, hijos de Palmerín, una de las cuales tiene lugar frente al monstruo Patagón.

³⁸ A.F. Bolaños, 1993, pp. 79; Roger Barra, *El salvaje en el espejo*, Barcelona, Editorial Destino, 1996, pp. 253-299.

³⁹ Con respecto a la idea del indio como "buen salvaje", véase los trabajos de J. Rabasa, "Utopian Ethnology in Las Casas's *Apologética*", en René Jara & Nicholas Spadaccini (ed.), *1492-1992: Re/Discovering Colonial Writing*, Hispanic Issues, Tomo 4, The Prisma Institute, 1989; B. Pastor Bodmer, *The Armature of Conquest...*, 1992.

⁴⁰ A. Vespucci, "Carta del 18 de julio de 1500", en *Cartas de Viajes*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, pp. 60-61. Esta isla fue recogida por el primer mapamundi de América, elaborado por Juan de la Cosa (1500), y por los mapas de King Hamy (1502) y Cantino (1502).

⁴¹ A. Vespucci, "Carta de Amerigo Vespucci sobre las islas recién halladas en cuatro viajes suyos", en 1986, p. 125. La correspondencia de Vespucci fue publicada en 1508-12.



Theodor de Bry, *América (1590-1634)*. Lámina VI (Libro X, Parte 1ª, 1618: "De cómo son recibidos Amerigo Vesputi en una insula habitada por gigantes". Madrid: Editorial Siruela.

bestias de carne y de carga atribuía indefectiblemente a las sociedades del Nuevo Mundo un hambre crónica que confirmaba su condición de bárbaros y salvajes caníbales e incubos endriagos. Siguiendo la tradición de la literatura caballeresca, podemos decir que el mito del antropófago cobró las mismas proporciones que aquellos a quienes describía. Empero, el objetivo seguía siendo el mismo que el cuadro arcádico descrito por Colón en su famosa *Carta del descubrimiento*: realzar el valor del primer viaje del Almirante al Nuevo Mundo a través de la óptica de lo maravilloso.⁴²

Pero no fue hasta la difusión del relato de otro italiano, Antonio Pigafetta, que los famosos indios patagones entraron a formar parte del imaginario europeo. A finales del mes de marzo de 1520, Magallanes y sus hombres anclaron en el puerto de San Julián para pasar el invierno y reparar las naves. La estancia se prolongó por cinco meses aprovisionándose de víveres y efectuando exploraciones hacia el sur hasta el 24 de agosto, día de San Bartolomé. Fue allí donde perdieron la nao Santiago, que era la carabela menor, entrando en contacto con el primer hombre austral que vieron los ojos europeos. Apelando su "yo" testimonial, Pigafetta nos dice que

⁴² Sandra H. Ferdman, "Conquering marvels: the marvelous other in the texts of Christopher Columbus", *Hispanic Review*, 62:4, University of Pennsylvania, pp. 487-496.

Un día, de pronto, descubrimos a un hombre de gigantesca estatura, el cual, desnudo sobre la ribera del puerto, bailaba, cantaba y vertía polvo sobre su cabeza. (...) Era tan alto él, que no le pasábamos de la cintura, y bien conforme; tenía las facciones grandes, pintadas de rojo, y alrededor de los ojos, de amarillo, con un corazón trazado en el centro de cada mejilla. Los pocos cabellos que tenía aparecían tintos en blanco; vestía piel de animal, cosida sutilmente en las juntas". Cuyo animal, tiene la cabeza y orejas grandes, como una mula, el cuello y cuerpo como un camello, de ciervo las patas y la cola de caballo —como éste relincha. Abunda por las partes aquellas. Calzaban sus pies abarcas del mismo bicho, que no los cubrían peor que zapatos, y empuñaban un arco corto y grueso con la cuerda más recia que las de un laúd —de tripa del mismo animal—, aparte un puñado de flechas de caña, más bien cortas y emplumadas como las nuestras. Por hierro, unas púas de yesca blanca y negra —como en las flechas turcas—, conseguidas afilando sobre otra piedra.⁴³

Situado en el centro geográfico y cronológico de los acontecimientos, el veneciano Pigafetta utilizó el recurso elocutivo de la *amplificatio*, propio de la retórica española del siglo XVI, con el fin de hacerse eco de la valentía de Magallanes y sus hombres. Si aquellos indios tehuelches designados por Magallanes con el nombre de "patagones" eran descritos como gigantes de fuerza descomunal, los españoles serían vistos como seres superiores a esa fuerza.⁴⁴ A lo largo del libro XX pueden examinarse algunos casos concretos de intertextualidad manifiesta, como por ejemplo, el episodio que narran Antonio Pigafetta y Maximiliano Transilvano sobre la ingestión por la boca que uno de aquellos indios hizo de una flecha de medio codo, hasta el estómago, sacándola sin ningún daño. A juicio de Pigafetta, los indios actuaban así como una terapia contra el dolor de estómago; en lugar de purgarse, tomaban una especie de cardos y vomitaban "una masa verde mezclada con sangre, según comen cierta clase de cardos".⁴⁵ Oviedo introduce aquí una interpolación anecdótica que se ajusta a esta mistificación de la realidad americana: siendo mayores que los hombres ordinarios, tenían que realizar acciones superlativas. Ante la ausencia de unas coordenadas referenciales previas donde encuadrar los informes etnográficos recogidos, Oviedo selecciona y estiliza su relato, proporcionando una imagen de la alteridad patagónica consistente en resaltar su ferocidad,⁴⁶ voracidad,⁴⁷ belicosidad,⁴⁸ y capacidad atlética: "aunque los indios iban a paso

⁴³ A. Pigafetta se refiere aquí al guanaco, animal típico de aquellas regiones, con cuya piel se calzaban los pies (2002, pp. 59-60).

⁴⁴ A. Mendiola, 2003, p. 317-337.

⁴⁵ A. Pigafetta, 2002, p. 63; M. Transilvano, [1522] 1964, p. 563. F. López de Gomara utilizó el mismo episodio para amplificar la ferocidad patagónica. A su juicio, "(los patagones) metíanse y sacábanse por el garguero una flecha para espantar los extranjeros, a los que mostraban, aunque dicen algunos que lo usan para vomitar estando hartos, y cuando han menester las manos o los pies" (1979, Cap. XCII, p. 138).

⁴⁶ G. Fernández de Oviedo, *Historia*, Libro XX, Cap. I, 1959, p. 219.

⁴⁷ G. Fernández de Oviedo, *Historia*, Libro XX, Cap. VII, 1959, pp. 245; 247.

⁴⁸ G. Fernández de Oviedo, *Historia*, Libro XX, Cap. VII, 1959, p. 246.

tendido, no podían los nuestros, a todo correr, tenerse con ellos”.⁴⁹

A pesar de que siempre estuvo poco dispuesto a utilizar información de segunda mano, Oviedo escribió el libro XX de su *Historia* partiendo de los textos de otros cronistas o historiadores.⁵⁰ La imposibilidad de verificar todos los datos le convirtió en editor de los textos o relaciones de aquellos que registraron una realidad americana que se situaba muy lejos del epicentro de la conquista, aunque siempre con el mismo objetivo: producir la historia más verídica posible. Para ello seleccionó, reordenó y reelaboró todos los datos posibles sobre un acontecimiento para escribir una auténtica narración de los hechos históricos.⁵¹ El sujeto narrativo desaparece, y en su lugar, utiliza la tercera personal del singular, o el sujeto colectivo —“españoles”, la “gente española”— que expresa un grado de distanciamiento por parte del narrador con respecto a las acciones de las que no fue testigo ocular. El propio Oviedo era consciente del carácter contradictorio de las fuentes utilizadas y de la inconsistencia de muchos de los episodios que relataban, o que no mencionaban en absoluto. Una de las fuentes que utilizó para describir las características físicas y costumbres de los patagones fue la *Relación* (1522) de Maximiliano Transilvano, secretario de Carlos V, quien nos describe también la voracidad y el salvajismo de los patagones a través de su vestimenta (“andaban vestidos de pellejos de animalias fieras”) y gusto por la carne cruda (“mataron luego para comer un animal, que era como un pequeño asnillo que allí consigo tenían, y pusieronlo a asar, y estando medio crudo lo apartaron del fuego y lo sacaron y lo dieron y pusieron delante de los nuestros para que comiesen”).⁵²

En otra de las fuentes ovetenses, la *Navegación de la armada del comendador Loaysa* (1526), la ausencia de todo signo distintivo de la civilización europea, como la propiedad privada, libros, dinero, autoridades políticas, etc., impidió al sacerdote guipuzcoano Juan de Aréizaga⁵³ integrar las diferentes

⁴⁹ Al respecto, véase también los testimonios de Francisco Albó, *Diario o derrotero del viaje de Magallanes desde el cabo de San Agustín, en el Brasil, hasta el regreso a España de la nao Victoria*, en Martín Fernández de Navarrete (ed.), Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Tomo 76, 1964, pp. 536; A. Pigafetta, 2002, p. 62.

⁵⁰ A.M. Salas, 1986, p. 84.

⁵¹ Daymond Turner, “The Aborted First Printing of the Second Part of Oviedo’s General and Natural History of the Indies”, *Huntington Library Quarterly*, 46, 1983, p. 119; K. A. Myers, “History, Truth and Dialogue: Fernández de Oviedo’s *Historia general y natural de las Indias* (Bk XXXIII. Ch LIV)”, *Hispania*, n° 73, 1990, p. 616. Para un interesante análisis de cómo Oviedo fue más allá de un único modelo de imitación, véase K. A. Myers, “Imitation, Authority, and Revision in Fernández de Oviedo’s *Historia General y Natural de las Indias*”, *Romance Languages Annual*, 3, 1991, pp. 523-524.

⁵² M. Transilvano, *Relación escrita por Maximiliano Transilvano de cómo y por quién y en qué tiempo fueron descubiertas y halladas las islas Molucas...*, 1964, p. 565.

⁵³ G. Fernández de Oviedo, *Historia*, Libro XX, Cap. I, 1959, p. 219. Juan de Aréizaga, “Navegación en la armada del comendador Loaysa”, en *Historia real y fantástica del Nuevo Mundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992.

percepciones y le llevó a reproducir los prejuicios, esquemas y valores cristianos: "(aquellos salvajes) no saben qué cosa es moneda";⁵⁴ "Son tan salvajes, que piensan que todo es común, y que los cristianos no se enojan de lo que les hurtan".⁵⁵ Atrás quedaba aquella visión dorada-edénica de la humanidad. La identificación de lo desconocido con lo maravilloso respondía al amplio bagaje imaginario del Medioevo que aquellos navegantes aportaban al viaje. Se ve y se describe básicamente lo que se espera encontrar. Así, los gigantes que habitaban aquellas tierras eran bárbaros cubiertos con pieles y de tan poco entendimiento como cualquiera de los indios antillanos; además, comían carne cruda y estaban dotados de una fuerza descomunal.⁵⁶

Esta interpretación etnocentrista de muchos de los elementos de la realidad patagónica contradecía el propósito de veracidad y objetividad declarado por el cronista al principio de su *Historia*. Fue el mismo Oviedo quien, siguiendo aquella máxima ciceroniana de *lux veritatis, testis temporis, magistra vitae*, identificó el concepto de verdad histórica con la experiencia ocular (*De Oratore*, II, 36; 32).⁵⁷ Además de certificar la unidad del globo, Oviedo rechazó las antiguas teorías de Lactancio y San Agustín que señalaban las antípodas o los trópicos como zonas inhabitables. Pero en el libro XX no pudo prescindir completamente del pensamiento de los antiguos y de sus mitos, como por ejemplo, el de su tan admirado Plinio. Sin ir más lejos, en el capítulo XIV, la historicidad del texto ovetense recurre a las autoridades textuales de la Antigüedad para corroborar la existencia de unos gigantes cuya estatura era superior a la de los patagones. Así, nos dice que

porque no se piense que aquestos hombres son los de la mayor estatura que en el mundo se sabe, ocurrid, lector, a Plinio; y deciros ha, alegando a Onesícrito, que donde el sol de la India no hace sombra, que son los hombres tan altos como cinco codos y dos palmos, y que viven ciento y treinta años, y que no envejecen; pero que mueren, en aquel tiempo, casi como si fuesen de media edad. Dice más Plinio en su *Historia Natural*: que una gente de los etíopios pastores, la cual se llama *siborta*, a par del río Astrago, vuelta a Septentrión, crece más que ocho codos. Así que, éstos son mayores hombres que los del estrecho de Magallanes; y cuanto a la velocidad, el mismo autor escribe que Crate Pargameno refiere que, sobre la Etiopía, son los tragloditas, los cuales vencen a los caballos de ligereza.⁵⁸

A lo largo de su *Historia*, Oviedo se había negado a dar crédito a numerosas fábulas atlantistas, como por ejemplo, la existencia de una isla que contenía la Fuente de la Eterna Juventud, la Antillía, el país de la Canela, Jauja, El Dorado o la existencia de las Amazonas, marcadas todas ellas por una mitificación

⁵⁴ *Op. cit.*, p. 246.

⁵⁵ *Op. cit.*, p. 248.

⁵⁶ *Op. cit.*, p. 247.

⁵⁷ Marco Tulio Cicerón, *De la invención retórica*, México, UNAM, 1997.

⁵⁸ *Op. cit.*, pp. 258-259.

positiva e hiperbólica.⁵⁹ Había criticado, entre otros, a Pietro Martire d'Anghiera (1457-1526) y a Francisco López de Gomara (1511-1562) con respecto a la veracidad de sus escritos, acusándolos de no haber estado nunca en Indias y de representar una historiografía erudita que falsificaba la realidad al difundir leyendas sin fundamento.⁶⁰ Dichas críticas llevaban consigo la idea de que existían dos tipos de historiadores: el falso, quien utilizaba exclusivamente la retórica e integraba numerosos elementos de fabulación en sus relatos, y el historiador verdadero —en la imagen del cual se reconoce Oviedo—, quien daba prioridad a la observación y a la experiencia pero que, sin embargo, revelaba una extraordinaria tensión entre el testimonio directo y la autoridad textual de los sabios de la Antigüedad grecolatina. Pensamos que la narrativa de Oviedo recurre a los modelos de la tradición clásica a medida que sus posibilidades para verificar los informes obtenidos disminuyeron. Fue por esta razón que insertó el episodio de los gigantes patagones como una imagen retórica en el libro XX de su *Historia*. Los motivos tenían también mucho que ver con el valor estratégico de su obra y con el marco biográfico, histórico y literario en el que Oviedo estaba escribiendo. Uno: superar los esquemas envejecidos de la física escolástica y algunas teorías cosmográficas antiguas, como las proporciones entre mares y tierras aceptadas desde la *Geografía* de Ptolomeo (150 a.C.), o la inhabitabilidad de la llamada zona tropical, o tórrida.⁶¹ Dos: justificar la expansión ultramarina de la Corona de Castilla hacia las Indias Orientales apelando al principio vitoriano de la *communitas naturalis orbis*.⁶²

En efecto, pensamos que el libro XX de la *Historia* es la expresión historiográfica —y literaria— de una realidad jurídica y teológica marcada por el pensamiento de Francisco de Vitoria (1486-1546) y la Escuela de Salamanca. En sus famosas *Relectiones Theologicae* (1527-1541) y *De Indis* (1539), Vitoria había desautorizado los fundamentos teológicos que testimoniaron las primeras

⁵⁹ En el libro XVI, Oviedo duda de la existencia de la fuente de la eterna juventud de cierta isla de Bimini, situada presumiblemente al norte de Cuba, y la capitulación que hizo Ponce de León para poblar dicha isla y la Florida (A. Coello, "De héroes y villanos. La sublevación de los indios de San Juan de Puerto Rico (1511) en el libro XVI de la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés", en Gabriela Dalla Corte, Pilar García Jordán, Miquel Izard, Javier Laviña, Ricardo Piqueras, José Luis Ruiz-Peinado, Meritxell Tous (comp.), *Relaciones sociales e identidades en América*, Barcelona: Publicacions de la Universitat de Barcelona, 2004, p. 253).

⁶⁰ A.M. Salas, 1986, pp. 105-106.

⁶¹ Fue Aristóteles el primero en plantear la inhabitabilidad de ciertas zonas geográficas. De acuerdo con el estagirita, las zonas templadas eran las únicas habitables, mientras que las dos zonas polares y la llamada zona tropical, tórrida, o quemada, no. En su viaje de 1499 a lo largo de la costa africana, Vespucci certificó lo contrario: "que el aire es más fresco y templado en esa región (zona tórrida) que fuera de ella, y que hay tanta gente que habita allí que por su número son muchos más que aquellos que habitan fuera de ella" (A. Vespucci, 1986, pp. 56-57).

⁶² Para una revisión "moderna" de la obra de Francisco de Vitoria, véase el artículo de Fernando Gómez, "Historicidad, Juridicidad y Para-Literatura: En torno a Francisco de Vitoria (1486-1546)", *Anuario de Estudios Americanos*, Tomo LIX, n° 2, 2002, pp. 413-440.

políticas de represión, cuestionando el sentido jurídico del requerimiento y redefiniendo la noción de “guerra justa”. El recurso a la guerra por parte de los españoles sólo podía justificarse como respuesta ante la negativa de los pueblos descubiertos a establecer relaciones diplomáticas y comerciales con España, o ante la negativa a permitir la libre propagación del Evangelio —*ius predicandi*. En este sentido, Vitoria apelaba a un principio teórico que reconocía el derecho inalienable de las personas a circular con total libertad fuera de su país de origen, a establecerse y comerciar, siempre y cuando no se atentara contra el bien común de las sociedades —*ius peregrinandi*.⁶³

Al recrear en clave hiperbólica el salvajismo y la barbarie de los patagones, Oviedo los estaba inscribiendo en unas geografías literarias que mostraban todo su esplendor.⁶⁴ Al reflejar las contingencias contextuales propias del acto de escritura, el cronista madrileño actúa como un editor ejecutivo de otras relaciones, cartas y descripciones manuscritas. Utiliza un método comparativo entre los contenidos de las fuentes, recordando al lector su voluntad de escribir un relato histórico que se acerque a la máxima verdad. En efecto, su actividad editora reflejaba una honda preocupación humanista por establecer la naturaleza de la verdad y su relación con la historia y la literatura.⁶⁵ Para ello no dudó en suprimir, añadir o comentar la extraordinaria heterogeneidad del material que llegó a manipular. No es Oviedo sino Juan de Aréizaga, del Cano, Pigafetta, Transilvano, quienes “testifican”, “dicen”, “ven”, etc. Pero, al mismo tiempo, también actúa como un extraordinario fabulador que pretendía satisfacer la enorme curiosidad intelectual que despertaba el conocimiento del Mar del Sur y de sus pueblos en los medios cultos de la Europa renacentista.

La localización geográfica de un Oriente paradisíaco, progresivamente desplazado hacia el este, determinó la proliferación de leyendas de gran difusión, como el reino de Omaguas, el Dorado, el Quersoneso Áureo, donde se hallaban las famosas minas del rey Salomón,⁶⁶ las Siete Ciudades Perdidas de Cibola, etc., o la existencia misma de las amazonas.⁶⁷ Desde la óptica de lo prodigioso, los patagones eran superhombres, pero los españoles consiguieron capturar a dos de ellos —los famosos “Juan” y “Pablo Gigante” descritos en

⁶³ Francisco de Vitoria, *Relictio De Indis. Carta Magna de los Indios*. Madrid: CSIC. [1539] 1989, p. 99; Teófilo Urdániz (ed.), *Obras de Francisco de Vitoria. Relecciones Teológicas (1527-1541)*, Madrid. Biblioteca de Autores Cristianos, 1960.

⁶⁴ Para un análisis de la Patagonia como una creación de la escritura, véase el trabajo de Ángel Uranga, *El eco de la letra. Una genealogía patagónica*, en <<http://www.temakel.com/texpaturangaeco.htm>>.

⁶⁵ K.A. Myers, 1990, pp. 616-625.

⁶⁶ Según P. Mártir de Anglería (*Décadas del Nuevo Mundo*, Quinta Década, Libro VII. Capítulo I, 1944, p. 426) y M. Transilvano (1964, p. 557), el Quersoneso Áureo del rey Salomón se hallaba en la Malaca portuguesa.

⁶⁷ Las amazonas fueron, como los patagones, otro de los mitos incluidos en las últimas revisiones de la *Historia* después de las entrevistas que tuvo con Jiménez de Quesada en 1548 (Libro XXVI). Actualmente estoy preparando un texto sobre las amazonas en la obra americana de Fernández de Oviedo.

la relación de Pigafetta— y proseguir su viaje. Este acto de piratería, consistente en tomar tierra de improviso y capturar a los indios que se acercaban a la costa, era la fórmula más efectiva de nutrir de esclavos los mercados de Sevilla, Valencia y Lisboa. La mayoría de los exploradores, como Vespucci, habían recurrido a las prácticas corsarias para amortizar los gastos del viaje y obtener beneficios.⁶⁸ Sus tácticas habían sembrado el terror entre las poblaciones costeras del sur del Brasil, pero Oviedo no encontró nada de reprochable en las acciones de sus compatriotas. Muy al contrario, aquellos actos de rapiña se convirtieron en una epopeya de cristianos valerosos en un mundo de monstruos, indios paganos y gigantes.

Del mismo modo, Oviedo recordaba al lector que las gestas de aquellos exploradores que llegaron a las Malucas podían ser equiparadas a las que habían protagonizado los héroes de la mitología griega. Pero esta vez el cronista madrileño situaba su crónica junto a las tesis vitorianas (las célebres *Relecciones*, 1539)⁶⁹ que reconocían el derecho de los cristianos “ (...) a emigrar a aquellos territorios (del Nuevo Mundo) y a permanecer allí, a condición de que no causen daño a los indios, y (que) éstos no pueden prohibírselo”.⁷⁰ Para ello utilizó a “aquellos hijos de la tierra” patagónica y los convirtió en uno de los numerosos obstáculos a superar en el viaje homérico que el cronista estaba historiando en el libro XX de la *Historia General de las Indias*.

4. CONCLUSIONES

“Y puesto que de esta nación nuestra, su esfuerzo, su milicia y altos ingenios e grandes excelencias, desde luengos siglos por verdaderos e graves autores esté predicado y escrito; no por eso se debe preferir ni dejar de poner a su cuenta, con menor, sino con mayor título y fama, lo que en estas Indias han obrado vuestros vasallos españoles; así en el militar ejercicio de las armas en la tierra, como en las amplísimas aguas del mar Océano, como valerosos y experimentados varones, sin excusarse del cansancio, sin temor de los peligros, con innumerables y excesivos trabajos, e no pocas hambres, necesidades y enfermedades incontables, sin darles salarios ni remuneración a los más. Ha resultado

⁶⁸ El 18 de julio de 1500, Vespucci escribió una carta a Lorenzo di Pierfrancesco de Medici sobre su último viaje, y le cuenta que “navegamos por este mar 200 leguas derecho al septentrión, y como ya la gente estaba cansada y fatigada por haber estado en la mar cerca de un año (...) acordamos apresar esclavos, y cargar con ellos los navíos y tornarnos de vuelta a España” (A. Vespucci, 1986, pp. 62-63).

⁶⁹ Las *Relecciones* eran grandes dictámenes, juicios y opiniones acerca de tesis que se consideraban de fundamental interés. En *De Indis* —la primera—, *De Indis recenter inventis*, fue dictada en enero de 1539 en la Universidad de Salamanca, y la segunda, *De Indis, sive de iure belli Hispanorum in barbaros*, el 18 de junio del mismo año.

⁷⁰ Francisco de Vitoria, *Relictio De Indis*, Madrid, CSIC, [1539] 1989, p. 99.

haber dado e adquirido a vuestra Majestad otro hemisferio e mitad del mundo, e no menos tierra que todo aquello que los antiguos llamaron Asia, África y Europa”,⁷¹

Tierra de aventuras y mitos, de búsquedas y desencuentros, el Mar del Sur se situaba muy lejos del epicentro de la conquista del Nuevo Mundo. En la segunda parte de la *Historia*, el elemento exótico se desplaza completamente hacia la Patagonia. Pero esta vez, aquel *locus amoenus* antillano, característico de la primera parte, desaparece. En su lugar, Oviedo dedica mucha menos atención a recopilar información sobre la botánica, zoología, geografía y etnografía del cono sur que a relatar los hechos de los conquistadores españoles, articulando los dos principios básicos de la preceptiva historiográfica ovetense: la topografía y la cartografía.⁷² Así, el orden expositivo sigue el derrotero geográfico descendiendo de norte a sur hacia las Molucas. Tras múltiples penalidades, el paso a las Molucas se reveló a los ojos europeos el 21 de octubre de 1520, cuando las naves de Magallanes, como instrumentos de Dios, divisaron la entrada al estrecho de Todos los Santos. El descubrimiento de este paso permitió no sólo sortearlo, sino probar la esfericidad de la tierra y la pluralidad de los mundos habitados.⁷³

A diferencia de la primera parte de la *Historia*, Oviedo narra la historia de unos hombres esforzados en lucha por obtener gloria y riqueza —la historia “general”— que ya no parecían maravillarse por una naturaleza exuberante, exótica y hermosa; la historia de las cosas o historia “natural”. Tampoco buscaban conquistar territorios ignotos en tierras lejanas para colonizar a su población, sino establecer relaciones comerciales con los nativos. No es que los objetivos hubieran cambiado: a Oviedo le continuaban atrayendo las cualidades organolépticas de los “árboles salvajes” del Nuevo Mundo.⁷⁴ Sin embargo, desde el punto de vista de la crónica periodística-informativa, lo que ahora le interesaba resaltar en el libro XX de la *Historia* era el derecho de la Corona castellana a comerciar en un contexto geográfico más amplio, abierto y posibilista.⁷⁵ Para ello situó a sus protagonistas en contacto con los indios de la *terra australis* donde lo importante era el viaje mismo.

⁷¹ Dedicatoria a la *Segunda Parte de la General Historia de las Indias*, Volumen 118, 1959, p. 212.

⁷² La cartografía era una de las debilidades de Oviedo, quien no perdía oportunidad de corregir y rectificar a cosmógrafos de renombre en una actitud pedante y vanidosa (A. M. Salas, 1986, p. 124).

⁷³ Como señala A. M. Salas, la segunda parte de la *Historia* empieza con el establecimiento del Estrecho de Magallanes como la marca más austral para la vía Sur-Norte (A. M. Salas, 1986, p. 102).

⁷⁴ Al respecto, véanse los trabajos de Raquel Álvarez Peláez, *La conquista de la naturaleza americana*, Madrid, CSIC, 1993; Álvarez, “La historia natural en tiempos del emperador Carlos V. La importancia de la conquista del Nuevo Mundo”, *Revista de Indias*, 218, LX, 2000, pp. 13-31.

⁷⁵ A finales de julio de 1525, partió de La Coruña una imponente flota, compuesta de seis barcos y un patache, al mando del comendador Fray García de Loayza, capitán general de la escuadra y gobernador de las Molucas, pues el Emperador tenía la firme convicción de que las islas se hallaban en la demarcación española (G. Fernández de Oviedo, *Historia*, Tomo 118, Libro XX, Cap. V, 1959, pp. 239-243).

Y en ese contexto los indios *buenos* y pacíficos tampoco tenían cabida. En efecto, el libro XX sirvió para poner en marcha un mito de origen, el de los gigantes patagones que habitaban en el extremo sur del continente americano. Su existencia fue difundida popularmente por uno de aquellos navegantes reconvertido en cronista de una aventura telúrica, Antonio Pigafetta, en su relato impreso en Venecia en 1536. Algunos críticos, como I.A. Leonard (1933) y M.R. Lida de Malkiel (1952), han destacado que el origen etimológico de los "patagones" podría estar relacionado con el famoso *Primaleón* (Salamanca, 1512).⁷⁶ Según este libro de caballería, había una isla donde habitaba un ser monstruoso llamado Patagón, que comía carne cruda, vestía con pieles de animales y tenía cabeza de perro. Oviedo había denostado públicamente los libros de caballería en su *Respuesta a la epístola moral* de 1524, considerándolos perniciosos y de lectura poco recomendable. Paradójicamente, a mediados de la década de 1540, aquellos gigantes que habitaban una naturaleza hostil, baldía y muy poco edénica fueron incluidos en el libro XX de su *Historia* para reforzar algunas de las virtudes de aquellos líderes ideales, como la valentía, el coraje o la eficiencia en la consecución de sus objetivos. Su existencia dependía menos de la "realidad empírica" que de su ubicación en un imaginario colectivo que el autor o autores pudieran encontrar en el contexto cultural de sus interlocutores.

En su conocida obra de ficción, *Don Claribalte* (1519), Oviedo construye un líder excelente que satisface un ideal de conducta que el cronista tiene en mente. No sucede lo mismo en la *Historia*, en la cual la realidad es contingente y los argumentos y personajes vienen dados de antemano. Para A.F. Bolaños, la excelencia del Caballero de la Fortuna fue transplantada al Nuevo Mundo con el mismo propósito didáctico-moralista.⁷⁷ Así, el comportamiento ideal de aquel personaje de ficción le sirvió para examinar la conducta de algunos personajes históricos al frente de expediciones militares y campañas de evangelización. La generosidad, la eficiencia en el liderazgo y la bondad de aquellos líderes ideales, como Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Diego de Almagro, Alonso Zuazo, Fernando de Magallanes y otros, contrasta con la codicia, la ineficiencia y la crueldad en el liderazgo de otros individuos de conducta execrable, como Pedrarias Dávila, Pánfilo de Narváez, Juan de Grijalva o el clan de los Pizarro.

Pero, ¿cuál era el propósito de la expedición de Magallanes? ¿Qué esperaban encontrar? Su objetivo no era buscar el Paraíso Terrenal, sino hallar una ruta por el oeste, a través de un paso o estrecho por el sur de América, que llevara a las islas de las especias —canela, pimienta, jengibre, clavo, nuez moscada,

⁷⁶ Al respecto, véanse los trabajos de I. A. Leonard, *Romances of Chivalry in the Spanish Indies*, California, University of California Press, 1933, y María Rosa Lida de Malkiel, "Para una toponimia argentina: Patagonia", *Hispanic Review*, 20, 1952, pp. 321-323.

⁷⁷ A. F. Bolaños, *El líder ideal en el libro de caballerías y la crónica de Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, Tesis Doctoral, University of Kentucky, 1988, pp. 491-492.

giroflé— sin atravesar por dominios portugueses.⁷⁸ En un intenso juego de paráfrasis, de comentarios e interpretaciones intertextuales, de influencias y reelaboraciones de los textos de otros cronistas, Oviedo recurrió a determinados personajes de ficción, como los gigantes patagones, con el fin de amplificar las hazañas de los españoles como pueblo escogido por Dios y educar al público lector y oyente del siglo XVI. Asimismo, el mito de los patagones sirvió en última instancia para disuadir o burlar a los potenciales competidores en sus intereses comerciales con respecto a los mercados de América y Asia. Venecia y Génova estaban al corriente de todo lo referente a la conquista y colonización de nuevos territorios. La Corona de Aragón había conseguido expandir sus fronteras hacia el Mediterráneo oriental. Pero las transacciones económicas pronto se desplazaron hacia el Atlántico con el fin de hallar un nuevo camino a las Indias orientales, a los países del oro, el marfil y las especias. A mediados del siglo XVI, con una infraestructura de poder consolidada, la Corona de Castilla controlaba un vasto imperio, extendiéndose a lo largo y ancho de enormes territorios y poblaciones.

Alexandre Coello de la Rosa
Departament d'Antropologia Social i Cultural
Universitat Autònoma de Barcelona

⁷⁸ Juan Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento*, Tomo II, El Pacífico, Madrid, Alianza Editorial, 1989, Tomo II, p. 15.